



Cuatro poemas urbanos

Andrés Briceño

Montevideo

En una calle súbdita
de Pocitos,
cerca de donde
se le varó el carro
a mi abuelo
allá en los 70's
y a veinticinco metros
de la Rambla;
me hallo sentado.

Aquí estoy.
Ante las pupilas
de tu avenida,
la de mi cosmos,
la de mis noches naranjas:
botín de memorias.

Lejos de ser
ciudad muda;
gritás
a mis pálpitos
tu historia
ya renacida.
Conforme desciendo
aquel rollo fotográfico
apegado a mi sien:

¿Sabés?

Algo parecido
a la muerte
marca aires

en esta metrópoli
que sos vos.

Bemoles;
estruendo de cimarronas
en plena Avenida del Libertador.

No sé por qué,
pero me atrae
un silencio:

¿Es tu Iglesia
a la que solo van
ancianos?

¿O quizá es el sacerdote
que insiste en consagrarme
aquella hostia en la mano,
tan solo
por andar
puesta una boina
y cargar
el libro de Benedetti?

Tal pueda ser
mi fortuna
o la tuya;
que un marinero,
poeta
de otros tiempos:

lea durante días

mis versos
y recuerde



nuestra plática,
tu Río de la Plata,
en el Mercado del Puerto.

Desde que me atribuíste
todos los fresnos
de aquel treinta y uno de diciembre;
veo pasar
a la rubia periodista
que discute con extraños
su más reciente crónica;
ojalá me invite a un mate

y me haga resbalar
al borde
desde el que vos
Montevideo;
has sido siempre
mi poema a distancia.

Postal de Nueva York

Aterricé en el JFK un veintisiete de junio;
ese día confundí a Al Pacino
con una estatua de cera sobre la calle 42.

Me dispuse un poco formal, caluroso,
para ir a un festejo de aperitivos y canapés
al bar Jack Demsey's.

Al salir de allí:
caminé hasta el Central Park,
vi la paloma renacida de Nicanor Parra
sentada en un balcón del Dakota,
le tomé una foto al edificio, pensando:

¿A todo esto, qué habría dicho John Lennon?

San José

«Encendí las luces, la televisión
y la radio
todavía no puedo
escapar de tu fantasma.»
Ordinary World, Duran Duran

En memoria de María Gloriana

En una casa de ladrillos
que insinúa las pinceladas
de aquel Pub en Londres,
si bien el mapa
apunta a Barrio Escalante,
el tercer plato de papas fritas
marca nuestra medianoche.

Confabulás con la mesera,
tomándome el pelo
hasta que asumo
mi rol de galán;
esa jugada siempre te funciona.

Al ritmo de Duran Duran:
y tras varios tragos de Heineken,
opto por declamarte
acertijos, párpados;
¿qué sé yo?
lo de siempre.

Preguntás:
¿qué es un atisbo?

Basta con vociferar:
‘Kubrick’
para que recordés
la cita en un café,
donde compartimos
el canon por los colibríes.

Volvemos
a anteponer máscaras
y coincidencias.

Continuamos...
Nos cancelan un concierto
sobre la hora,
nos retienen allí.

La cajetilla de cigarros
a la mitad,
el plato de papas casi vacío;
recogieron ya las botellas.

Retorno puntualmente al guiño,
justo en la despedida;
arrancás tu moto
haciendo camino
sobre Avenida Segunda.

Asomo mis lentes
contra esta jungla
que no nos retiene más.

Aún visito el Pub
y le pido a la mesera,
que ponga
Ordinary World.

La lírica entera se apega
a tus alas
y a las mías.
No apaguemos la radio.

Claroescuro

“Fue el verano lo mismo que tu casa;
allí lo sabes que está todo.”
Rainer Maria Rilke

Tú.
Tempestad.
Raíz piadosa;
enfundes
la duda en el asfalto.

Mi suburbio
añora las cartas
que escondes
en alguna
de tus calzadas.

Retorno silencios.

Tu resplandor
agita satélites;
estruendo sin voz
que desprende
las geografías.

No mires el gozo
ni su desprecio.
Recuerda nuestras caminatas.
Recuerda Berlín.

Allá,
donde nuestros brazos
exhumaron la tarde.

Todo volverá a ser valle,
casa,
pórtico
o la linterna que apagaremos
cuando no anochezca.

